

creciendo. Hacia 1570 la coronación de la Virgen se asienta firme como la última meditación de los misterios y en el siglo XVII las palabras finales («ruega por nosotros pecadores») son ya la norma establecida. Lejos de caer en mera devoción privada, el rosario fue, y sigue siendo, un poderoso agente de renovación espiritual. El libro tiene un Apéndice con tres relatos tomados del *Von dem psalter vnnnd Rosenkrancz unser lieben frauen*, publicado en Augsburg en 1492.

Á. de Silva

## TEOLOGÍA FUNDAMENTAL Y DOGMÁTICA

**Armando BANDERA, O. P.**, *Redención, mujer y sacerdocio*, Palabra, Madrid 1995, 377 pp., 21,5 x 13,5, ISBN 84-8239-027-9.

Los argumentos de los partidarios del sacerdocio femenino se juzgan en este libro, principalmente en sus dos primeros capítulos. El autor muestra desde el principio las bases de su argumentación para mantener lo contrario: la voluntad de Jesús; el carácter del sacerdocio ministerial, ligado al sacrificio eucarístico; el olvido de la originalidad cristiana en favor de valores culturales o sociológicos. Es contradictorio infravalorar lo sacerdotal en Cristo y en los ministros mientras se propugna por la admisión de la mujer al sacerdocio.

Se detiene en los argumentos de tipo cultural, y especialmente en el *report* de la Comisión Bíblica (junio de 1976) que concluyó en que la Biblia no decía nada contra la ordenación de las mujeres. Para el P. Bandera, esta declaración es eclesiológicamente débil, por falta de comprensión del lugar de la

Eucaristía respecto al sacerdocio, y por falta de atención a la vida de la Iglesia, en la cual el Concilio Vaticano II ve un ancho *canal* de transmisión de la revelación (cfr. *Dei Verbum*, 8) (p. 319).

La cuestión de la mujer y el orden sacerdotal la ve el autor a través de cuatro conceptos concatenados: *recapitulación, masculinidad, representación, sucesión* (capítulo quinto).

«Sólo el varón puede representar a Jesús del modo como él se *define* en el Cenáculo (p. 291). A solos varones se dirigió Jesús cuando mandó renovar lo que él había hecho» (p. 291). Defiende que «el sacramento del orden es el sacramento de la sucesión» (pp. 320 ss.). En consecuencia el diaconado «se coloca en la línea de sucesión apostólica», por lo que la mujer «no puede recibir el diaconado en su contenido sacramental». Con base en los trabajos de M. Hauke, el P. Bandera juzga que el diaconado «concluso en sí mismo» —no abierto a los otros «grados» sacramentales del orden— no existe ni puede existir, porque en ese caso, haría aumentar el número de los sacramentos a ocho.

Destaca la figura de María como protagonista de la historia asociada a su Hijo (cfr. «Puebla», *Instrumentum laboris*, 65). «María no entra, ni puede entrar, a formar parte de la víctima inmolada en la cruz, ni puede ser sacerdote a la manera de Cristo» (p. 347); es, en cambio, la representante máxima de que la vocación suprema de la Iglesia es la santidad. En María, la santidad de la Iglesia tiene «rostro femenino» (p. 353), tema no tratado por la teología feminista. Piensa el P. Bandera que merecería la pena un estudio sobre la recapitulación en clave mariana, estudio que iluminaría también la virginidad y la esponsalidad de la Iglesia (cfr. pp. 353 ss.).

Una vez más el P. Bandera interpela la conciencia teológica sobre temas bien actuales, con el empeño que le es característico. Dos sugerencias: sería interesante un tratamiento específico del sacerdocio común en la mujer; y también una explicación de por qué se dice en el Vaticano II que el diaconado está destinado «no al sacerdocio sino al ministerio» (LG 29, cfr. CD 15).

R. Pellitero

**Marie-Emile BOISMARD**, *Faut-il encore parler de «résurrection»?*, Ed. du Cerf, Paris 1995, 178 pp., 14,5 x 23,5, ISBN 2-204-05204-3.

Marie-Emile Boismard, dominico, que fue profesor de S. Escritura en la Ecole biblique de Jerusalén y en la Universidad de Friburgo (Suiza), ofrece este estudio (o re-estudio) de datos bíblicos en torno a la fe en la resurrección. El autor, en su bosquejo de la Biblia, detecta en dos corrientes escatológicas, opuestas entre sí:

1) La primera, que se expresaba en libros como Daniel, 2 Macabeos, y las primeras cartas de S. Pablo, estaba configurada por la mentalidad semítica, que concebía fuertemente al hombre como unidad ontológica. Se resistía a hacer una distinción nítida entre alma y cuerpo, y consideraba que en la muerte todo el hombre muere. Por consiguiente, cifraba su esperanza en términos de «resurrección», la reconstitución de todo el hombre vivo en el último día.

2) La segunda corriente, influida por la concepción platónica, pensaba más bien en términos de un alma inmortal, presente en el cuerpo pero distinta de éste. Tal concepción, proveniente del mundo helénico, es corregida en los libros sagrados de dos mane-

ras: Sabiduría, p. ej., afirma que cuando muere el justo, su alma desciende al Hades y espera allí hasta el día en que Dios le libere y le coloque junto a sí (como alma); no hay propiamente esperanza de recuperar el cuerpo. En cambio, 2 Corintios afirma que cuando fallece el individuo, su alma va a unirse con Cristo, y que esa unión proporciona lo que podría llamarse un «cuerpo» de naturaleza «celestial».

Según el autor, probablemente fue esta última vía la que Cristo adoptó, y la que en consecuencia hay que exponer. El alma del difunto es glorificada por el Espíritu del Señor, y se reviste de una especie de «cuerpo celestial», que sería como la impronta en el alma del cuerpo utilizado en la vida terrenal y finalmente abandonado a las puertas de la muerte. Desde esta perspectiva, no hay que esperar al último día para tal «glorificación».

El término «resurrección» concuerda —concluye Boismard— sólo con la primera corriente escatológica, de corte semítico, y no con la segunda, perspectiva que fue la que adoptó Cristo al predicar. El autor recomienda dejar de usar la palabra «resurrección», ya que puede prestarse a malentendidos, al sugerir una conexión con un cuerpo en el sepulcro que sería reasumido en el último día. Tal vez pueda seguir utilizándose, dice Boismard, si se entiende por «resurrección» sólo este mensaje nuclear: que la muerte, gracias a la salvación, no tiene la última palabra sobre nosotros.

A la obra de Boismard cabe hacer dos observaciones:

1) Los pasajes escriturísticos que elige y analiza son los lugares que han sido extensamente estudiados por exégetas; sobre esos lugares bíblicos ha habido notables divergencias de inter-